

JUAN BAUTISTA TORELLO

CONTEMPLACION Y LAICADO

SEPARATA DE

LA MISION DEL LAICO EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

VIII Simposio Internacional de Teología

Pamplona, 22-24 de abril de 1987

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

CONTEMPLACION Y LAICADO

JUAN BAUTISTA TORELLO

El compromiso o empeño en el mundo es cosa ferial, de día laborable, que —contraponiéndose al día festivo— es tiempo de afán y de fatiga, bajo el signo de la utilidad y de la fecundidad, cuidado de los medios en vista del fin, camino hacia la meta. Fin y meta se celebran en el día de fiesta, que desvela y revela el fundamento último de la vida, que ya sin angustia se libra en el instante actual, sin otra finalidad, utilidad y apoyo que la pura alegría de ser, participación del Ser, de la Bondad, Verdad y Belleza de Dios mismo, simple reflejo del amor eterno y creador, resplandor de la gloria divina. En el libro de *Baruc*, «que debe ser leído en el día de fiesta», se expresa lo dicho claramente: «Los astros brillan en sus atalayas y se alegran. El los llama y responden: 'Hemos aquí. Lucen gozosamente para su Creador' (1,14; 3,34-36)». Sin embargo, y ya que la criatura, sobre todo la naturaleza humana, ese espejo de Dios prístino, claro y lúcido, empañándose por la culpa original y multitud de pecados personales, se rompió y dispersó por la tierra hecho añicos, el descenso del Hijo de Dios, que introdujo en su cuerpo la plenitud de la Divinidad, hizo de ella una creación nueva más bella, más pura y más unitaria que la primigenia: 'Deus, qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilis reformasti' (Oración de Navidad). Cada bautizado, cada hombre redimido es ahora en Cristo un espejo todavía más noble, un hijo de Dios, cuya humanidad está desposada con la Divinidad ('consors divinae naturae', 2 *Petr* 1,4), porque la Divinidad participa en Cristo de nuestra humanidad ('particeps humanitatis nostrae').

Pero la belleza, la dignidad, la alegría de la criatura redimida, que el día de fiesta revela y enarbola, está ya aquí en la médula del día laborable, y su espiritualidad no puede consistir tan sólo en la conciencia de la meta a lo largo del camino, la del fin en los medios, la de

día laborable de algún significado en sí mismo, porque la cercanía de Dios no logra fundar ningún éxtasis, que anime toda su actividad, y en última instancia la disuelva? ¿Existirá una espiritualidad de lo cotidiano? Hay que considerar que el acto creador no está tan sólo al comienzo del ser criatural, sino que está siempre presente y actuante en él. La grandiosa participación del Ser absoluto de Dios, por la que se constituye la criatura, es constante, eficaz momento por momento, y afirmar, aceptar libremente el don divino en Sí mismo, representa una *cooperación*, que tiene necesariamente dimensiones fisiológicas, psicológicas, ecológicas y cosmológicas. Al ser participado corresponde un *hacer* igualmente participado, un hacer que hay que atribuir más propiamente a Dios que a la criatura. Pero hay mucho más: la obra más grande de Dios es la Encarnación, que une la eternidad con el tiempo, la inmutabilidad con el trabajo, la gloria con el dolor, la alegría con la cruz, el día de fiesta con el día laborable. En el Nuevo Testamento aparece la fiesta como la alegría del retorno arrependido del hijo pródigo (el vestido mejor, el anillo en el dedo, el ternero sobre la mesa, y la música y la danza, *Lc 15,11-32*). Es la fiesta cristiana de la dracma y de la oveja extraviadas y reencontradas (*Lc 15,1-10*), una fiesta que abraza cielo y tierra, una fiesta sin fin y sin interrupción, y que como la flor y el fruto, ya contenidos en la semilla, no llegan a aparecer sin una fatigosa ascensión de la savia a través de los pasillos oscuros del tronco y de las ramas; una fiesta que ya se anuncia en el primer resuelto 'surgam et ibo ad Patrem' entre los puercos, y rompe a cantar en el acto de contrición inicial: la fiesta, que se celebra ya en el corazón cristiano del día ferial. Este es búsqueda de Dios, que nunca tendría lugar, si no le hubiera ya encontrado, esto es, si Dios no le hubiera buscado y hallado. Y como El, si uno le encuentra, es 'ignotus et infinitus', es incomprendible e infinito, hay que buscarlo siempre de nuevo. Buscarlo, porque El nos ha encontrado; buscarle, porque le hemos encontrado. Buscar para encontrar, y encontrar para buscar (según la fórmula agustiniana): esta es la espiritualidad del día ferial, traspasado de eternidad y traspasándose hacia la eternidad.

Si espiritualidad significa fuerza espiritual que acuña y potencia todos los aspectos de la vida, la espiritualidad cristiana deberá tener una capacidad de encarnación poderosísima, que la distingue de todo fanatismo espiritado y por otra parte que no puede manar más que el mismo Espíritu del Señor, ya que es él «quien nos ha dado de su Espíritu» (*1 In 4,13*), y recordando que el Espíritu del Señor es el

hay libertad» (*2 Cor 3,17*). «No habéis recibido un espíritu, que os hace esclavos, sino que habéis recibido el Espíritu que os hace hijos» (*Rom 8,15*) «Para la libertad nos ha liberado Cristo» (*Gal 5,1*). ¿Cómo se compagina esta libertad ilimitada de la espiritualidad auténticamente cristiana con el encadenamiento del deber, que caracteriza el día laborable? ¿Cómo lograrán unirse la vitalidad, la creatividad y la jocosidad de la conducta filial (de niños) con la fidelidad y la perseverancia, que marcan la existencia responsable de las personas maduras?

Esta aporía se supera solamente si se considera el particular decreto divino, que saca a cada criatura de la nada, que funda la unicidad y la identidad de cada persona, y proyecta la irrepitibilidad del papel de cada hombre en este mundo. Además es la vocación divina a la vida —no a un desnudo existir, sino al desarrollo completo de las posibilidades recibidas por cada uno—, esto es, la elección realizada por Dios «ante constitutionem mundi» —de cada persona concreta— «ut essemus sancti» (*Efes 1,4 ss.*) también única e irrepitible: Dios no se puede repetir. Nunca se dieron dos vocaciones iguales, y no se darán nunca. A esta unicidad de cada vocación divina contribuyen tanto las leyes o datos naturales (constitución, ambiente, educación, estado de salud, temperamento, cualidades psíquicas, etc.) cuanto las circunstancias que derivan de las libres decisiones (profesión, estado de vida). Así se constituye lo que *Josemaría Escrivá* llamó «vocación humana», y en la cual no hay que ver tan sólo el marco sino también precisamente la materia prima de la vocación total a la santidad. La perfección del amor de Dios exige no sólo el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de la Iglesia que obliga a todos, sino también de aquellos mandatos que se dirigen a cada uno y que determinan su vocación específica e irreversible. Solamente el cumplimiento del deber puede darnos la seguridad de estar en la santificadora Voluntad de Dios, en el único lugar, en donde el amor de Dios y el amor a Dios se asientan.

S. Francisco de Sales, modelo de mansedumbre, decía: «A los Obispos se confía el gobierno, el consuelo y la amonestación de sus ovejas. Si yo transcurriera mis días en oración y ayunara toda mi vida, pero descuidara mi deber específico, me condenaría». El cumplimiento del deber se ha de realizar, claro está, como entrega a Dios, como aceptación gozosa de Su Voluntad, como la ampliación más cierta de la propia receptividad criatural: entonces no es el deber nin-

libertad y esclavitud, en el que consta todo amor verdadero, según la famosa e inspirada fórmula de *Ramón Llull*: «Dime, loco, qué es el amor. Y el loco respondió: Amor es lo que hace de los esclavos libres, y de los libres esclavos. Y no se sabe con exactitud en qué consiste propiamente el amor: ¿en esa libertad o en esa esclavitud! ».

Alérgico contra mandamientos y deberes es tan sólo el miope ante Dios y ante el ser real del hombre. Pues los mandamientos de Dios no pueden ser sino amables, favorecer la realización de Su proyecto, servir al acabamiento (o perfección) de cada criatura de Su amor eterno en particular: «Nada hay más dulce que atenerse a sus mandamientos» (*Eccli 23,27*). «¿Cuánto amo tu ley! En ella medito todo el día... ¿Cuán dulces son a mi paladar tus oráculos, más que la miel para mi boca» (*Ps. 119,97,103*). «Abro mi boca y suspiro, pues anhele tus mandamientos» (*Ps. 119,131*). Por lo que se refiere a la estructura espiritual del ser humano, merece el apelativo de miope el que ve en la fidelidad o firme adhesión a lo reconocido como valioso, una limitación de la libertad, que identifican con la licencia (esto es, con el rechazo de todo vínculo), mientras que la libertad verdadera consiste precisamente en la capacidad de vincularse, sin condiciones y definitivamente. Personas atarazadas, poco libres, se comprometen tan sólo por un tiempo y con reservas, porque el miedo les frena e impide la prestación más propia de la libertad: el riesgo de lo decisivo e irrevocable. La libertad encarnada —no idealizada, ni funambulismo ni fanatismo— se alimenta de fidelidad y salva por medio de la observancia fiel del deber cotidiano su fuerza creadora. Donde la lealtad se evapora y domina el miedo de vincularse, se tambalea todo en la vida personal y comunitaria, sobre todo la justicia, la veracidad, la confianza, el sentimiento de protección, el amor, la familia y la paz social.

André Gide contrapuso a la fidelidad la vitalidad: «La flor más hermosa es la que se marchita más deprisa. Inclínate pues rápidamente sobre su aroma, porque lo inmortal no huele bien». Se trata de una declaración seductora, porque todo lo que aparece vital, cálido y vibrante —del arrobamiento de los enamorados, a la inspiración de los artistas y al éxtasis de los místicos— se agota en su santiamén, mientras que todo lo que dura se ve casi siempre estigmatizado por la rutina y la muerte. ¿Vivimos por tanto todos la tragedia lacerante de un 'aut-aut' insuperable: o la vitalidad de lo perecedero o la fidelidad cadavérica? ¿Es todo lo que permanece inevitablemente duro, rígido,

principio a la caducidad? *Gustave Thibon* pone al descubierto con la fina decisión de una mano de cirujano el malentendido que aquí se esconde: Hay cosas que escapan al cambio tomando las apariencias de la muerte, la seguridad de la tumba; otras superan la finitud y la inestabilidad trascendiéndose a fuerza de un exceso de vida y de pureza, a semejanza de la potencia eterna que todo lo mueve permaneciendo inmutable. Es verdad que sólo el instante es vital, que prolongarlo es matarlo. Pero también se puede renovar sin fin: el latido de mi corazón no es prolongación del anterior: él repite su impulso virginal y espontáneo. Ciclo, ritmo, pulso cotidiano simbolizan la vida, no la línea recta. Ser fiel no quiere decir —como los infieles imaginan— degeneración de la pulsión vital en rutina, dilatación en el tiempo de la frescura afectiva, que deja detrás de sí sólo un escuálido esqueleto. Ser fiel significa propiamente resurrección incesante de lo que en su corazón ya lleva una semilla de eternidad. El fulgor de las estrellas es al mismo tiempo fugaz e inmortal. O para decirlo con el poeta *Charles Péguy*: el río discurre sin cesar y sin embargo no transcurre nunca del todo.

No es raro que a esa fidelidad cotidiana y sin brillo se le aplique la etiqueta almidonada de lo conservador. Con *Thibon* se puede compartir la repugnancia por las conservas y preferir saborear la fruta jugosa tomada directamente del árbol, a costa de prescindir de él hasta que llegue otra vez el tiempo de la cosecha, a tenerla todo el año al alcance de la mano... en una lata, tan apartado de la vista como de la putrefacción. Las virtudes conservadoras se logran a menudo por lo demás usando las mismas técnicas de la fabricación de conservas: impregnación con azúcar, con sal o vinagre (virtudes edulcoradas, amargas o ácidas) o, todavía peor, por medio de la desecación y del encerramiento hermético en botes o botellas que impiden respirar el aire libre. La garantía es ciertamente limitada, y cuando el plazo expira tienen lugar las podredumbres más nauseabundas. Con razón concluye el pensador francés: no hay más que dos tipos sanos del espíritu conservador: la fidelidad (que es dinámica por excelencia porque vive lo inmutable en el instante fugitivo) y la contemplación, que traspasa o perfora el instante y toca la eternidad.

Aquí abordamos el terreno archisensible de las relaciones entre contemplación y trabajo. Declaremos enseguida y sin rodeos que la fascinación y la novedad objetiva de la doctrina de *Josemaría Escrivá* consistió y consiste todavía en la superación cabal de un conflicto antiquí-

de modo rotundo y convincente la vocación a la santidad de todos los simples fieles, centrando todo el esfuerzo por llegar a la perfección de la caridad alrededor del trabajo ordinario, santificado y santificante, el Fundador del *Opus Dei* subrayó toda su vida con insistencia notabilísima, que los laicos y los sacerdotes seculares tienen una auténtica vocación contemplativa, que en la vida diaria, en la familia, en la calle, en el puesto de trabajo y en la sociedad civil pueden y deben aspirar a conducir una verdadera vida contemplativa. «Cuanto más metidos en el mundo, tanto más metidos en Dios». «Estamos obligados a hacer de la vida diaria una oración ininterrumpida, porque somos contemplativos en medio de todos los caminos de la tierra» (1930). «Vivimos en la calle, y en medio de la calle encontramos el recogimiento, que nos lleva a unirnos más con Jesucristo» (1945).

Afirmaba que al laico dedicado al cumplimiento de sus deberes familiares, profesionales y sociales, que es fiel a un plan de vida espiritual —adecuado a su tipo de vida, esto es, como un guante que proteje la mano y no impide sus movimientos— le crea poco a poco una especie de *instinto*, que le lleva a tener visión sobrenatural en todas sus actividades. Ninguna doble vida, sino una unidad de vida sencilla y fuerte, en la que se fundamentan y se enlazan mutuamente todas sus acciones... con lo que se adquiere como una segunda naturaleza: vivimos todo el día atentos a El y nos sentimos inclinados a verle en todas las cosas... de tal modo que llega un momento, en que no podemos ya decir, dónde termina la oración y dónde empieza el trabajo, porque el trabajo se ha hecho oración, contemplación, vida mística verdadera de unión íntima con Dios —sin rarezas—: un endiosamiento.

Ciertamente no se alcanza esa unidad de vida en un abrir y cerrar de ojos, pero el que conduce a una vida sacramental y de oración cuidada con esmero, el que despierta en todas partes y a todas horas la conciencia de su filiación divina y realiza su trabajo con solicitud y desprendimiento de sí mismo, sentirá crecer en su seno un *instinto sobrenatural* (¡nótese la combinación de estos dos elementos!), que le llevará a ver a Dios, a servirle y amarle en todas las situaciones. La antigua distinción y aún contraposición entre contemplación y acción, entre vida contemplativa y vida activa, que influyó toda la historia de la espiritualidad y de las formas de vida de la imitación de Cristo, es aquí superada sin asomo de polémica en el plano de un fenómeno pastoral de gran relieve pero de ningún modo ruidoso. Una exégesis muy anticuada de las palabras de Jesús en la casa de Betania —«María

ha elegido la mejor parte, que no le será ya quitada» (*Lc 10,42*)— era que María representaba la vida contemplativa, y por consecuencia debía considerarse ésta como superior a la vida activa, como si ambas realidades —acción y contemplación— no pudieran darse unidas. Algunos autores, como el maestro Eckart, propusieron interpretaciones distintas (cfr. *Reden der Unterweisung*), pero dominó la mencionada, que recoge, entre otros, Sto. Tomás (S.Th., II-II, 182-1). Esta tesis antigua la catapultó *Josemaría Escrivá* con tanta simplicidad como cuerdo desenfado, cuando alienta a todos los laicos a asumir el espíritu de María en el trabajo de Marta. Una contemplación ni diluida ni sincopada puede y debe animar y elevar el compromiso mundano de los laicos y la tarea de los sacerdotes seculares. Con la misma naturalidad decía que «nuestra celda es la calle» como que «en el corazón tenemos nuestra celda» en la que podemos recogernos en todo tiempo y lugar. Si todas las ocupaciones del día son entrega, servicio al prójimo, uno se olvida siempre más de sí mismo, se preocupa tan sólo de los demás por amor de Dios, y al llegar al momento del examen de conciencia de la noche, uno se vuelve hacia El diciendo: no sé contar nada de mí mismo, he pensado todo el día en los demás, y pensaré con S. Pablo: 'no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí'. ¿No es esto contemplación, vida contemplativa de una pieza? Y como todas las prácticas o normas de piedad tienen como fin principal la presencia de Dios constante, tiene todo el camino tan sólo una meta: «la locura completa por Jesucristo», y se comprende entonces que una personalidad enamorada del instante (de la presencia de Dios) más que el «muero porque no muero» de *Sta. Teresa* exclamara el «vivo porque no vivo yo sino Cristo en Mí» (cfr. *Amigos de Dios*, nn. 67, 149, 247, 307 s. entre muchos otros; *Es Cristo que pasa*, n. 8).